

El hambre y la sed que son bienaventuradas



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

El hambre y la sed que son bienaventuradas

Nº 2103

Un sermón predicado la mañana del Domingo 8 de Septiembre de 1889 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”. — Mateo 5: 6.

Debido a que el hombre tenía una perfecta justicia antes de la caída, gozaba de una perfecta bienaventuranza. Si ustedes y yo, por la gracia divina, alcanzamos la bienaventuranza en el más allá, habrá sido porque Dios nos ha restablecido la justicia. Como fue en el primer paraíso, así debe ser en el segundo: la justicia es esencial para la bienaventuranza del hombre. No podemos vivir en pecado y ser verdaderamente felices. El elemento natural de la bienaventuranza es la santidad, y no puede vivir fuera de ese elemento como tampoco el pez podría vivir en el fuego.

La felicidad del hombre debe llegar a través de su justicia: de su relación correcta con Dios, con el hombre, consigo mismo: una relación de rectitud en todos los aspectos. Entonces, como la bienaventuranza primigenia de nuestro estado original se ha perdido, y la bienaventuranza de la perfección en el más allá no ha llegado todavía, ¿cómo podemos ser bienaventurados en el intervalo ubicado entre ambos extremos?

La respuesta es, “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia”. Aunque no hayan alcanzado todavía la justicia que desean, su anhelo los vuelve un pueblo bienaventurado. La abundante bienaventuranza del pasado, y la inapreciable bienaventuranza del futuro eterno, son unidas con una cinta de bienaventuranza presente. La cinta no es tan firme como los elementos que vincula, pero es del mismo metal, y fue diseñada por la misma mano, y es tan indestructible como los tesoros que sujeta.

De esta hambre y de esta sed voy a hablarles hoy. Me siento tan inepto para el esfuerzo, que debo corregirme y decir que tengo hambre y sed de predicarles, pero ese es todo el poder que poseo. ¡Oh, que yo también pudiese ser saciado por causa de ustedes! Oh, que el Espíritu del Señor satisfaga mi intenso deseo de ministrarles sobre la base de esta bienaventuranza de nuestro Señor Jesús, “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”.

Entonces, en nuestro texto se hace mención, primero, de apetitos singulares: “hambre y sed”, no de pan y agua, sino, “de justicia”; en segundo lugar, tenemos una declaración extraordinaria acerca de estas personas hambrientas: Jesús dice que son “bienaventuradas” o felices; y más allá de toda duda, Su juicio es verdadero. En tercer lugar, en nuestro texto se menciona una especial satisfacción que responde a su necesidad, y en su visión anticipada los hace bienaventurados: nuestro Salvador dice: “ellos serán saciados”.

I. Para comenzar, entonces, hablaremos de APETITOS SINGULARES.

En este caso, un deseo insaciable adopta diferentes formas. Tienen hambre y tienen sed: las dos necesidades más urgentes del cuerpo son usadas para expresar los anhelos de justicia del alma. El hambre y la sed son diferentes, pero ambas son el lenguaje de un agudo deseo. Quien haya sentido alguna vez cualquiera de las dos, sabe cuán severos son los tormentos que acarrearán; y si las dos se combinan en una búsqueda anhelosa, conforman una pasión intranquila, terrible, invencible. ¿Quién podría resistir a un hombre hambriento y sediento? Su ser entero combate para satisfacer sus espantosas necesidades.

Bienaventurados aquellos que tienen un anhelo de justicia tal, que ninguna palabra puede describir plenamente y ningún deseo vehemente puede expresar. El hambre debe ser juntada con la sed, para expresar la fuerza y la vehemencia del deseo de justicia.

Este deseo es semejante al hambre y a la sed en cuanto a su constancia; no es que siempre tenga la misma intensidad, pues el hombre hambriento no sufre siempre los mismos tormentos; pero, aún así, no puede olvidar nunca la mordedura interna, la quemadura en el corazón. Bienaventurado el

hombre que está anhelando siempre la justicia con un ansia insaciable que nada puede apaciguar.

El hambre y la sed son irreprimibles. Mientras no le des de comer a un hombre, su necesidad continuará devorándolo. Podrías proporcionarle a un hambriento la música más deleitable extraída de las cuerdas, o producida por las gaitas; pero sus anhelos no serían mitigados: sólo te estarías burlando de él. Podrías colocar delante de él la mejor perspectiva; pero a menos que en esa perspectiva destaque una hogaza de pan y un vaso de agua, no tendría mayor interés por el arroyo o el campo, la montaña o el bosque.

Son bienaventurados, dice Cristo, aquellos que están buscando siempre la justicia, y que no pueden ser saciados mientras no la encuentren. El deseo de justicia que un hombre debe tener para ser bienaventurado, no es tenue, pues no le conduce a decir lánguidamente: “yo desearía ser justo”; tampoco es un estallido pasajero de buenos deseos; sino que es más bien un anhelo que, como el hambre y la sed, permanece en el hombre y lo domina. Lo lleva consigo a su trabajo, lo lleva a su hogar, lo lleva a su cama, lo lleva a cualquier lugar donde vaya, pues lo gobierna con sus demandas imperativas. Así como la sanguijuela de los asnos clama: “dame, dame”, así también clama el corazón por pureza, por integridad, y por santidad, una vez que ha aprendido a tener hambre y sed de justicia.

Estos apetitos están concentrados en un objeto: el hombre tiene hambre y sed de justicia y de nada más. Las obras teológicas en su mayor parte dicen que esta es justicia imputada o justicia implantada. No hay duda que estas cosas están involucradas, pero no me interesa insertar un adjetivo donde no existe ninguno: el texto no menciona “imputada” ni “implantada”. ¿Por qué necesitaríamos enmendarlo? El hombre suspira por la justicia: la justicia en todas sus acepciones.

Primero, siente que su corazón no es recto con Dios, y ese descubrimiento le provoca gran angustia. El Espíritu de Dios le muestra que no tiene una buena relación con Dios, pues ha quebrantado la ley que debió guardar, y no ha rendido el homenaje y el amor debidos justamente. El mismo Espíritu le induce a anhelar una rectitud con Dios; y, habiendo

despertado su conciencia, no puede descansar hasta no haber alcanzado esa condición.

Esto, por supuesto, incluye el perdón de sus ofensas, y la recepción de una justicia que lo hará aceptable a Dios: él clama ávidamente a Dios pidiendo esta bendición. Uno de los tormentos más amargos del hambre de su alma es el temor de que esta necesidad no pueda ser satisfecha nunca. ¿Cómo puede ser un hombre justo para con Dios?

La gloria peculiar del Evangelio es que revela la justicia de Dios: el método por medio del cual los pecadores son hechos rectos con Dios; y esto llega con peculiar dulzura a uno que está luchando y orando, que está hambriento y sediento de justicia. Cuando escucha de la justicia mediante la fe en el Señor Jesucristo, la acepta inmediatamente, y se aferra a ella, pues se adapta exactamente a su caso.

El hambre asume ahora otra forma. El hombre perdonado y justificado desea ahora ser justo en su conducta, y en su lenguaje, y en su pensamiento: desea vehementemente ser justo en su vida entera. Quiere ser caracterizado por la integridad, la amabilidad, la clemencia, el amor, y todo lo demás que participa en la conformación de una condición correcta de cosas hacia sus semejantes.

Desea ardientemente ser recto en sus sentimientos y en su conducta hacia Dios: ansía con vehemencia conocer, obedecer, orar, alabar y amar a Dios rectamente. No puede descansar hasta no tener la relación debida con Dios y con los hombres. Su anhelo no es únicamente de ser tratado como justo por Dios, condición que le viene a través de la sangre expiatoria y de la justicia del Señor Jesucristo; sino que anhela ser realmente justo delante del Dios que escudriña el corazón.

Tampoco eso le bastará: no solamente su conducta debe ser recta, sino que ansía ser justo él mismo. Descubre en él deseos irregulares, y quisiera que fueran destruidos por completo. Descubre tendencias hacia la injusticia; y aunque las resista y domine, las tendencias mismas son aborrecibles para él. Descubre anhelos de placeres que son prohibidos, y aunque rechaza con repugnancia esos placeres, le turba la permanencia persistente de alguna inclinación hacia ellos.

Quisiera ser regenerado de tal manera que el pecado no tuviese ningún poder sobre él. Ha aprendido que una mirada lasciva es adulterio, que un deseo codicioso es robo, y que la ira injusta es homicidio; y, por tanto, anhela vehementemente estar libre de esa mirada, y de ese deseo, y de esa pasión, pero también de la tendencia que va en esa dirección. Anhela que la fuente de su ser sea purificada. Tiene hambre de “vestirse del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”. Tiene sed de “ser revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno”. No puede estar contento hasta no ser él mismo semejante a Jesús, que es la imagen del Dios invisible, el espejo de justicia y paz.

Pero observen bien que, si el hombre alcanzara alguna vez esto, su hambre y su sed sólo tomarían otra dirección. El hombre piadoso tiene hambre y sed de ver la justicia en otros. A veces, cuando ve la conducta de los que le rodean, clama: “Mi vida está entre leones; estoy echado entre hijos de hombres que vomitan llamas”. Entre más santo se vuelva, el pecado veja más su alma recta, y clama: “¡Ay de mí, que moro en Meses, y habito entre las tiendas de Cedar!” Con frecuencia dice: “¡Quién me diese alas como de paloma! Volaría yo, y descansaría”. Como Cowper clama:

¡Oh, anhele un albergue en un vasto desierto,
Alguna ilimitada inmediatez de sombra,
Donde el rumor de la opresión y del engaño,
De la guerra fracasada o exitosa,
No me alcanzara ya nunca jamás!

Tiene hambre de piadosa compañía: tiene hambre de ver que lo impío se torne santo; y debido a ello clama en su oración diaria: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”. Con hambre y sed clama: “¡Señor, ponle un fin al reino del pecado! ¡Señor, derriba los ídolos! ¡Señor, suprime de la tierra el error! Señor, aparta a los hombres de la lascivia, y de la avaricia, y de la crueldad, y de la borrachera”. Quiere vivir y morir para la justicia; el celo de la justicia lo consume.

Hermanos, espero que hayan sido capaces de seguir, por conocimiento propio, los diversos movimientos de esta absorbente pasión por la justicia, que he bosquejado débilmente para ustedes.

Noten bien que estos apetitos concentrados son muy discriminadores. El hombre no anhela veinte cosas, sino únicamente una cosa, y únicamente esa cosa. El hambre y la sed son “de justicia”. El hombre no tiene hambre de riquezas: prefiere ser pobre y justo, que ser rico mediante el mal. No tiene hambre de salud: aunque querría gozar de esa gran bendición, preferiría estar enfermo y tener justicia, que gozar de buena salud y ser injusto.

No se propone como su gran objetivo las recompensas de la justicia. Estas son muy deseables: el respeto de los semejantes, la paz de la mente y la comunión con Dios, no son en ningún sentido cosas insignificantes; pero él no las convierte en los objetivos principales de su deseo, pues sabe que le serán añadidas si busca primero la justicia misma.

Si no hubiese un cielo, el hombre piadoso desearía ser justo; si no hubiese un infierno, él aborrecería la injusticia. Su hambre y su sed son de honestidad, pureza, rectitud y santidad: tiene hambre y sed de ser lo que Dios quiere que sea. Hagan siempre una distinción entre buscar el cielo y buscar a Dios, entre huir del infierno y huir del pecado; pues cualquier hipócrita desea el cielo, y teme el infierno; pero solamente el hombre sincero tiene hambre de justicia.

El ladrón quiere evitar la prisión, pero quiere seguir dedicándose al robo; el asesino quiere escapar del patíbulo, pero está presto a poner otra vez su mano en la daga.

El deseo de ser feliz, el deseo de estar en paz con la conciencia: estos son unos pobres objetivos. El hambre verdadera y noble del alma es el deseo de ser recto por causa de la justicia. ¡Oh, ser santo, ya sea que implique gozo o tristeza! ¡Oh, ser de puro corazón, ya sea que eso me acarree honra o menosprecio! Esta, esta es la sed que es bienaventurada.

Ahora, donde se conjuntan esa hambre y esa sed, harán un trabajo a su manera. El hambre y la sed no hacen la cama de la casa de la condición del hombre. No, suenan los timbres de alarma, e incluso sacuden los cimientos de la casa. El hombre hambriento no se aguanta. Al final, sus terribles necesidades podrían reducirlo a una condición pasiva por la vía del desfallecimiento y de la insensibilidad; pero mientras el sentido permanezca

en el hombre, el hambre y la sed son unas fuerzas fieras, que lo impulsan a los más intensos esfuerzos.

Cuando un prisionero fue colocado a las puertas de la prisión para interceder por los pobres deudores, en tiempos antiguos, intercedió verdaderamente. Reducido él mismo a la condición de un esqueleto, hacía sonar la caja en los oídos de los transeúntes, y pedía muy lastimosamente que donaran algo para los pobres deudores que se morían de hambre dentro de la prisión.

¡Cómo te mira un hombre hambriento! Su simple mirada es una súplica conmovedora. Un hombre que tiene hambre y sed de justicia suplica a Dios con toda su alma. La oración fingida no tiene cabida en él. El hombre que tiene hambre y sed de justicia es un hombre luchador. Esto lo vuelve también un hombre activo; pues el hambre atraviesa paredes de piedra; haría cualquier cosa por conseguir el alimento.

Lo peor de todo es que a menudo intenta cosas insensatas: procura calmar el hambre con lo que no es pan, y gasta su esfuerzo en lo que no le satisface. Sin embargo, esto demuestra únicamente cuán vigorosos son estos apetitos, y cómo convocan cada potencia de la condición humana cuando están orientados a la justicia.

Amados, estos apetitos no son de ninguna manera comunes. Multitudes de personas en el mundo no sienten nunca hambre y sed de justicia. Algunos de ustedes querrían ser salvos; pero pueden pasarlo muy bien si no lo son. Un hombre que tiene hambre y sed no dirá nunca: “me gustaría una comida, pero podría prescindir de ella”; y no tienes ni hambre ni sed si puedes quedarte sin la bendición que profesas valorar. Si tienes hambre y sed de justicia, la necesitas de inmediato: estos anhelos vehementes no tolerarán demoras: claman por provisiones inmediatas. El tiempo del hambriento es el tiempo presente. ¡Oh, cuántas personas hay que, por su dilación y descuido, demuestran que no tienen nunca hambre y sed de justicia!

Veo a otros también que ya son justos. Son tan buenos como quieren serlo. Escuchen cómo habla ese hombre: “yo no hago ninguna profesión de religión, pero soy bastante mejor que muchos que la hacen”. Oh, sí, yo lo

conozco a usted, señor; y la Virgen María lo conocía también, pues ella dijo en su cántico: “A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos”. Un día serán vaciados, mas no serán colmados nunca. ¿Por qué habrían de serlo? Están tan inflados de viento que no hay espacio para la sustancia celestial dentro de su corazón.

Muchos rechazan al Señor Jesucristo, que es el pan del cielo. Cuando tu hijo se sienta a la mesa, y te dice que no quiere comer nada, evidentemente no está hambriento. Los que repudian a Cristo, y no quieren aceptar Su expiación, ni Su santificación, no tienen hambre de justicia. Muchos critican las pequeñas cosas del Evangelio, los asuntos insignificantes acerca de la voz del ministro, y su tono, y su apariencia.

Cuando un hombre se sienta a comer, y comienza a notar que uno de los platos está desportillado, y que hay un insecto sobre una de las rosas del centro, y que el salero no está en la posición correcta con una precisión milimétrica, que el perejil no está armoniosamente acomodado alrededor de la carne fría, ese sujeto no está hambriento.

Prueben con un pobre trabajador de un astillero, o, mejor aún, con su esposa y sus hijos, y comprobarán que comen carne sin mostaza, y pan sin mantequilla. El hombre hambriento se come tanto el pellejo como la carne, se los garantizo.

Si los hombres estuvieran realmente hambrientos de la verdad, la predicación no sería sometida a comentarios tontos. “Denme un cuchillo y una oportunidad,” dirá el hombre que está hambriento. “Denme el Evangelio,” —dice el buscador ansioso—, “y no me importa para nada la elocuencia”.

Amados, yo quisiera que tuviesen tal hambre y sed de justicia, que las nimiedades fueran nimiedades para ustedes, y la verdad esencial fuera su única preocupación.

¡Ay!, hay algunos de los que estamos seguros que no tienen hambre y sed de justicia, pues no les interesa ni siquiera oír acerca de ella. Cuando su muchacho se queda en el camino a la hora de la cena, pueden estar seguros de que no está muy hambriento. La campanilla de la cena es un razonador

muy convincente cuando transmite sus argumentos al interior de quien la escucha. Tan pronto hay una notificación de que la comida está lista, el hambriento se apresura a la mesa. Dios quiera que tengamos más personas espiritualmente hambrientas a las que podamos predicarles. Quien les predicara sería un predicador bienaventurado, pues estaría predicando a un pueblo bienaventurado. “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”.

II. Les he dado débilmente una descripción del carácter, y ahora paso a señalar la INSIGNE DECLARACIÓN de nuestro Señor. Él dice: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia”.

Esto es una paradoja. No pareciera posible que la gente esté hambrienta y sedienta, y que sin embargo sea bienaventurada. El hambre y la sed conllevan dolor. Yo te conozco, amigo mío, tú estás aquí esta mañana; y te estás diciendo: “¡oh, que yo pudiese ser recto! Soy un gran pecador; ¡oh, que fuese perdonado! ¡Oh, que pudiera volverme justo delante de Dios!” Otro estará diciendo: “confío en que he sido perdonado y soy salvo; pero siento un temor tremendo de caer en pecado. ¡Miserable de mí, tengo tendencias pecaminosas! ¡Oh, que pudiera ser perfecto, y librado por completo de esta muerte encarnada que me rodea en la forma de una naturaleza pecadora!”

O, tal vez, otro amigo sentado por aquí esté clamando: “Dios me ha dado mucha gracia; pero mis hijos, mi esposa, mi hermano están viviendo en pecado, y son mi carga diaria. He venido aquí con un corazón muy abatido porque no conocen al Señor”.

Escucha con atención, querido amigo, y ten ánimo; independientemente de la forma que adopte tu hambre de justicia, eres una persona bienaventurada. Aunque tengas que soportar esa pena acerca de ti mismo y de otros, eres bienaventurado. El hambre y la sed provocan a menudo un sentimiento de desfallecimiento, y ese sentimiento de desfallecimiento se convierte a veces en una languidez mortal.

Podría resultar que le esté hablando a uno que hubiera alcanzado ese estado; a él le digo: “eres bienaventurado”. Te escucho decir suspirando: “¡oh, que pudiera ser lo que quiero ser! ¡Miserable de mí! ¿Quién me

librará de este cuerpo de muerte?’ Estas corrupciones internas, estas imaginaciones perversas, me matarán, no puedo soportarlas. Dios me ha enseñado a amar lo que es bueno, y ahora ‘El querer el bien está en mí, pero no el hacerlo’. Incluso mis oraciones son interrumpidas por pensamientos de distracción, y mis lágrimas de arrepentimiento tienen al pecado mezclado en ellas”.

Amados, yo entiendo esa languidez y ese abatimiento, ese gemir y ese ansiar; sin embargo, ustedes son bienaventurados, pues el texto dice, —y es un comentario extraordinario—, “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia”.

¿Por qué son bienaventurados? Bien, primero, porque Jesús dice que lo son; y si Él lo dice, no necesitamos ninguna prueba adicional. Si, mirando a Su alrededor a la multitud, nuestro Señor pasa por alto a aquellos que están satisfechos consigo mismos; y si Sus ojos se posan sobre los hombres que suspiran, y lloran, y tienen hambre y sed de justicia, y si, con un rostro sonriente, afirma: “estos son los bienaventurados”, entonces pueden estar seguros de que lo son; pues yo sé que aquellos de quienes Él declara que son bienaventurados deben ser bienaventurados con certeza. Yo prefiero ser uno que Cristo define como bienaventurado, que uno que fuera estimado por todo el mundo, pues la opinión del Señor es la que cuenta.

El hombre que tiene hambre de justicia debería considerarse un hombre feliz, porque ha sido conducido a conocer el valor correcto de las cosas. Antes, otorgaba un alto valor al placer despreciable, y valoraba la escoria de la alabanza de los hombres como si fuese oro puro; pero ahora valora la justicia, y ya no es como el niño que aprecia las canicas más que las perlas.

Ese hombre ha obtenido ya alguna medida de justicia, pues su juicio valora correctamente. Debería estar agradecido por haber sido iluminado de esa manera. Antes tomaba lo dulce por amargo, y lo amargo por dulce; la oscuridad por luz y la luz por oscuridad; pero ahora el Señor lo ha llevado a conocer lo que es bueno, y qué es lo que el Señor requiere de él: al alcanzar este sano juicio es un hombre bienaventurado, y está encaminado a una mayor bienaventuranza.

Observen, además, que no sólo valora las cosas correctamente, sino que su corazón está inclinado hacia lo que es bueno y deseable. Antes sólo se preocupaba por el bienestar terrenal; ahora tiene hambre y sed de justicia. “Denme un poquito de carne de la olla,” —clama el mundano—, “y yo les dejo su preciosa justicia a todos aquellos que la quieran”; pero este hombre valora lo espiritual por sobre lo natural: la justicia es la felicidad para él. Su único clamor es: “Dame justicia”. Su corazón entero está puesto en ello, y no es un privilegio insignificante. El que está lleno del deseo de aquello que Dios aprueba, es él mismo aprobado. A tal hombre le es otorgada una magnanimidad que es superior a la naturaleza real, y por ello debe estar agradecido con Dios.

Es bienaventurado porque, en presencia de esta hambre, muchas hambres menores desaparecen. Una pasión suprema, como la vara de Aarón, se traga a todas las demás. Tiene hambre y sed de justicia; y, por tanto, ha terminado con el anhelo vehemente de la lascivia, con la ambición de la avaricia, con la pasión del odio, y con el hambre de la ambición.

Hemos conocido a muchos enfermos que cuando son dominados por una enfermedad, han visto desaparecer todas sus viejas quejas: un nuevo fuego ha apagado a todos los anteriores.

Así los hombres, bajo la influencia de un anhelo vehemente de justicia, han descubierto que el hambre de tierras y de oro, y que la sed de orgullo y de lascivia han llegado a un término. Los nuevos afectos han expulsado a los viejos, al igual que los israelitas confinaron a los cananeos a las montañas, o los mataron. Sólo Dios puede dar esta hambre y sed de justicia; y una de sus grandiosas cualidades es que expulsa las lascivias rastreras y pecaminosas que de otra forma consumirían nuestros corazones.

Estos hombres son bienaventurados por ser liberados de muchos errores insensatos. El engaño más común es que el hombre puede obtener de sí mismo todo lo que necesita en la religión. La mayoría de los hombres es engañada de esta manera: piensan que tienen un manantial que brota por dentro, por medio del cual se pueden purificar, y revivir, y satisfacerse a sí mismos.

Prueben a un hambriento, o a un sediento, con esta doctrina: “mi querido amigo, no necesitas tener hambre; en ti mismo se encuentra la satisfacción de tu hambre”. ¿Qué respuesta sería esta? “Me puse un cinturón de hambre a mi alrededor, para controlar el hambre; pero no pude controlar eso dentro de mí. Estoy hambriento, debo encontrar alimento en el exterior, o me moriré”. No puede comer su propio corazón, ni alimentarse de su propio hígado: no es posible que satisfaga su hambre con elementos propios.

El engaño espiritual común es de naturaleza semejante. Los hombres se imaginan que pueden, mediante su propio esfuerzo, satisfacer a la conciencia, volverse puros, y producir un carácter justo. Todavía sueñan con extraer una cosa pura de algo inmundo. Que venga sobre ellos el hambre y la sed espirituales, y que escapen de esta trampa. El hombre clama “la confianza en uno mismo es un refugio de mentiras. Debo ser ayudado de lo alto. Debo ser salvo por gracia, o permaneceré siendo injusto hasta el fin”. El hambre y la sed espirituales son maestros asombrosos, y eficaces dispersores de las ilusiones del orgullo.

Además: estos hombres son bienaventurados porque el Espíritu Santo ya ha obrado en ellos. El hambre y la sed de justicia son siempre la producción del Espíritu Santo. No es natural que el hombre ame lo bueno y lo santo; él ama lo malo y lo perverso; él ama la ofensa o la omisión, pero no busca la estricta rectitud delante de Dios.

Pero cuando un hombre tiene hambre de ser verdadero, hambre de ser sobrio, hambre de ser puro, hambre de ser santo, entonces su hambre es una bendición proveniente del cielo, y una prenda del cielo de donde provino.

Además: este hombre es bienaventurado, pues en su hambre y su sed está en armonía con el Señor Jesucristo. Cuando nuestro Señor estaba aquí, tenía hambre de justicia, y anhelaba cumplir y sufrir la voluntad de Su Padre.

En una ocasión Sus discípulos fueron a la ciudad para comprar alimento; y Él, habiéndose quedado solo, tuvo sed de bendecir a la pobre mujer pecadora de Samaria, que vino al pozo para sacar agua. A ella le dijo: “Dame de beber”, no sólo para comenzar la conversación, sino debido a que

tenía sed de hacer justa a aquella mujer. Tenía sed de convencerla de su pecado, y de conducirla a la fe salvadora; y cuando lo hubo hecho, Su deseo fue gratificado. Cuando Sus discípulos regresaron, aunque no había tocado ni un mendrugo de pan, ni una gota de agua, dijo: “Yo tengo una comida que comer. Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra”.

Nuestro Señor, en la cruz, dijo, “Tengo sed”, y esa sed de Su labio y de Su boca no era sino el indicativo de la sed más profunda de Su corazón y de Su alma, de que la justicia reinara por Su muerte. Él murió para que la justicia de Dios fuera vindicada; Él vive para que la justicia de Dios sea proclamada; Él intercede para que la justicia de Dios sea llevada a los pecadores; Él reina para que Su justicia expulse fuera de este mundo a la iniquidad que ahora lo destruye.

Cuando tienen hambre y sed de justicia en cualquiera de las maneras que he descrito, son en una medida partícipes con Cristo, y tienen comunión con Él en el deseo de Su corazón. Así como Él es bienaventurado, de la misma manera lo son ustedes, pues “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia”.

Yo supongo que habré asombrado a alguno que haya estado lamentándose y clamando: “¡oh, que el Señor me concediera vivir en Su justicia, y yo le daría gracias por siempre y para siempre!” Vamos, tú eres uno de los bienaventurados. “¡Ay!”, —clama uno— “yo estoy anhelante de ser liberado del pecado; no me refiero a su castigo, señor, sino liberado de su mancha; quisiera ser perfectamente puro y santo”. ¿Lo quieres? Mi querido amigo, tú te cuentas entre los bienaventurados en este mismo instante.

Un gran profesante de la fe, sentado a tu lado en la banca, está diciendo: “¡bendito sea Dios, yo ya soy perfecto!” Bien, yo no estoy seguro de la bienaventuranza de esa persona. Ese fino pájaro no es mencionado en mi texto; pero estoy seguro acerca de aquella alma que está allá, que tiene hambre y sed de justicia, pues la Palabra es clara y sencilla: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia”.

III. Y ahora concluyo con lo mejor de todo, LA SATISFACCIÓN ESPECIAL.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”. Este es un enunciado singular. Ellos han de ser bienaventurados mientras tengan hambre y sed; si son saciados, ¿serían todavía bienaventurados? Sí, y es más, todavía tendrán hambre y sed. Tú dices que eso es extraño. Sí, lo es; pero todo es prodigioso en el reino de Dios.

Las paradojas, en las cosas espirituales, son tan copiosas como las zarzamoras; de hecho, si no puedes creer en una paradoja, no podrías creer en Cristo mismo, pues Él es Dios y hombre en una persona, y ese es un misterio paradójico. ¿Cómo puede una persona ser infinita, y sin embargo ser finita? ¿Cómo puede ser inmortal y, sin embargo, morir? El nuestro es un Evangelio en el que anidan muchas paradojas ortodoxas. El que ha sido saciado por Cristo tiene más hambre que antes, excepto que su hambre es de otro tipo, y no contiene amargura. El que tiene más hambre es el que está más lleno en el sentido más elevado.

Tengo sed, pero no como la tenía antes,
De compartir los vanos deleites de la tierra;
Tus heridas, Emanuel, todas me impiden
Que busque mis placeres allí.

¡Señor, cuando recibo lo que Tú me das por Tu gracia, entonces siento un nuevo anhelo que va tras las cosas más elevadas! Mi alma se agranda por lo que come, y luego clama: “denme todavía más”. Cuando un hombre deja de clamar por más, puede muy bien dudar de que haya recibido jamás alguna cosa. La gracia llena, y luego agranda. Un incremento de gracia es un incremento de la capacidad para mayor gracia. Clama todavía: “¡Señor, aumenta mi fe, mi amor, mi esperanza, todas mis gracias! ¡Agranda mi alma, para que pueda recibir más y más de Ti!”

Ahora voy a mostrarles cómo es que podemos ser saciados incluso ahora, aunque todavía tengamos hambre y sed. Pues, primero, aunque tengamos hambre y sed de justicia, estamos más que saciados con la justicia de Dios. Yo verdaderamente creo que mi Dios es perfectamente justo, no

únicamente en Su naturaleza y esencia, en Su ley y juicio, sino también en todos Sus decretos, actos, palabras, y enseñanzas.

Yo me siento, y ansiosamente me asomo a la terrible verdad de la eterna perdición de los malvados; pero mi corazón está lleno de reposo cuando recuerdo que Dios es justo: el Juez de toda la tierra ha de hacer lo que es justo. Yo no puedo desatar los nudos de la dificultad por la que los hombres se quedan perplejos, pero yo sé que Dios es justo, y allí abandono mi azoramiento. Dios se encargará de que lo justo sea hecho en cada caso, y para siempre.

Además, conforme veo cómo la iniquidad abunda en el mundo, estoy verdaderamente feliz de que no haya iniquidad en el Señor, mi Dios. Al ver el error en la iglesia, descanso en el hecho que ningún error encuentra sustento en Él. La maldad parece estar en todas partes: ciertos hombres arrebatarían la propiedad de todos los hombres, y el orden opuesto aplastaría al pobre en su salario; pero esta es nuestra áncora de salvación; hay un poder encaminado a la justicia, y ese poder es Dios. Estoy lleno de gozo al ver a la justicia entronizada en Dios. ¿No conocen ustedes esta dicha?

Además, somos también saciados con la justicia de Cristo. Qué importa que esté lleno de pecado, no importa que no tenga ninguna justicia que me atreva a presentar delante de Dios; sin embargo:

Jesús, Tu sangre y justicia,
Son mi ornamento, mi vestido glorioso.

Es cierto que tengo que gritar con el leproso: “inmundo, inmundo”; y, sin embargo, como un creyente en el Señor Jesús, yo soy justificado en Él, acepto en Él, y completo en Él. Dios me mira, no como soy, sino como Cristo es. Él me ve a través de la perfecta obediencia del Bienamado, y yo estoy delante de Él sin condenación, es más, con plena aceptación y favor.

Entre más piensen en la justicia de Cristo, más los saciará con agradecida satisfacción, pues Su justicia es mucho mayor que la injusticia de ustedes. Sin embargo ustedes estarán clamando de igual manera: “¡oh, Señor, perfeccióname a Tu imagen, y dame justicia!” Una plenitud de

contenido divino, que llega a desbordarse, será suya, mientras cantan: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”. “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”.

Ustedes serán saciados, primero, con el carácter justo de Dios, y luego, con el plan de justicia divina revelado en Cristo Jesús. Miren al pecado de este mundo, y giman por él. ¡Qué mundo tan perverso es! Lean de guerras y opresiones, falsedades y supersticiones; o, si lo prefieren, vean con sus propios ojos los barrios bajos del este de Londres, o la iniquidad de nuestros grandes personajes del oeste de Londres; y entonces tendrán hambre y sed.

Pero aun en lo concerniente a todo esto ustedes serán saciados cuando piensen en la expiación de Cristo, y recuerden que ella es más dulce para Dios que el nauseabundo pecado del hombre. El grato olor de Su sacrificio ha quitado de delante del tres veces santo Dios el vaho de este mundo convertido en muladar, y Él ya no dice más que se arrepiente de haber creado al hombre sobre la tierra. Debido a la justicia de Cristo, el Señor Dios es indulgente con el hombre culpable, y todavía espera derramar gracia en la tierra, y hacerla nueva en Cristo Jesús.

Además, los que tienen hambre y sed de justicia son saciados con la justicia que el Espíritu Santo obra en ellos. Yo no digo que estén satisfechos de permanecer como son, sino que están muy agradecidos por lo que son. Yo soy un pecador, y sin embargo, no amo al pecado: ¿no es esto grato? Aunque tengo que luchar diariamente contra la corrupción, he recibido una vida interior que combatirá, y debe luchar, y no será vencida. Si todavía no he derrotado al pecado, es algo con lo que estoy luchando. Incluso ahora, por fe reclamamos la victoria. “Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo”.

¿Acaso no han sentido nunca como si estuviesen llenos hasta el borde, al enterarse que fueron “renacidos para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos”? ¿Acaso no han sido inundados de gozo al saber que ya no eran más lo que solían ser, sino que ahora han sido hechos partícipes de la naturaleza divina, y han sido elevados a la esfera espiritual, en la que tienen comunión con hombres justos hechos maduros?

No desprecien nunca lo que el Espíritu Santo ha hecho por ustedes. No menosprecien la gracia que han recibido; sino, por el contrario, sientan un deleite divino, un rebalsar de su corazón, con lo que el Señor ya ha hecho. Dentro de tu alma la perfección vive en embrión: toda lo que vas a ser está allí en la simiente. El cielo dormita en arrepentimiento, como un roble dentro de una bellota. ¡Gloria a Dios por un nuevo corazón: gloria a Dios por la vida de los muertos! Estamos llenos de agradecimiento; y sin embargo, continuamos teniendo hambre y sed de que la bendición que Dios ha dado pueda ser gozada más plenamente en nuestra experiencia, y manifestada en nuestra vida.

Hermanos, quiero decirles cuándo somos saciado otra vez con la justicia, y es cuando vemos que la justicia aumenta entre nuestros semejantes. El espectáculo de un pobre joven convertido ha llenado mi corazón durante una semana con indecible gozo. He hablado frecuentemente, —lo hice la semana pasada—, con unos pobres seres que han sido grandes pecadores, pero el Señor los ha vuelto grandes santos, y he estado muy saciado de felicidad suma. Una docena de conversiones ha puesto a tañer a todas las campanas de mi corazón con repiques nupciales, y la fiesta se mantuvo durante un mes continuo.

Es cierto que pude haber recordado con tristeza las multitudes de pecadores que todavía están pereciendo, y esto me debió haber conducido a tener hambre y sed como lo hago; pero aún así, una veintena o dos de conversiones han sido una bendición tan rica que he sido saciado de gozo hasta el desbordamiento. En ese momento me he sentido como el buen anciano Simeón cuando dijo: “Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación”.

¿Sabes lo que eso significa? Tal vez no, si eres un gran hombre, y debes hacer todo a gran escala; pero, en cuanto a una pobre alma como yo, ha sido el cielo salvar a una sola alma de la muerte. Yo considero una gran recompensa salvar a un pequeño ser. Es una bendición para mí llevar a un humilde obrero a los pies del Señor, y verlo aprendiendo el camino de la justicia.

¡Oh, inténtenlo, amados! Procuren y vean si el hambre de las almas de los hombres no es seguida por una plenitud de deleite, que a su vez

conducirá a mayor hambre para traer de regreso a las ovejas perdidas al redil de Cristo. No dirán nunca: “he visto muchas conversiones, y por tanto estoy satisfecho de no ver más conversiones”. No, entre más éxito tengan, tendrán más hambre y sed de que venga el reino de Cristo a los corazones de los hijos de Adán.

Pronto abandonaremos este cuerpo mortal, y nos encontraremos en un estado incorpóreo, “y así estaremos siempre con el Señor”. No tendremos oídos ni ojos, pero nuestro espíritu discernirá y entenderá prescindiendo de estos órganos ineptos. Liberados de esta sustancia material, no conoceremos el pecado. Pronto sonará la trompeta de la resurrección, y el espíritu entrará en el cuerpo refinado y espiritual, y la humanidad perfeccionada será nuestra. Entonces el hombre tendrá sus ojos, pero no mirarán nunca una mirada lasciva; tendrá sus oídos, pero no buscarán nunca la conversación profana; tendrá sus labios, pero no mentirán nunca; tendrá un corazón que latirá siempre verdadera y obedientemente: no habrá nada impropio dentro de la humanidad perfecta.

¡Oh, qué cielo será para nosotros! Yo declaro que no quiero ningún otro cielo que estar con Cristo, y ser semejante a Él. La música de las arpas, y las coronas de honor son poca cosa comparadas con el “el reino de Dios y su justicia”.

Entonces estaremos rodeados de una sociedad justa. No tendrás que vigilar tu lengua, por temor de ofender a alguien con una palabra. No estarás plagado de conversaciones frívolas y murmuraciones tontas cuando llegues al cielo; no oirás mentiras allí, no oirás nada que desmerezca de la infinita majestad del Altísimo. Todo mundo será perfecto. Oh, ¿no te deleitarás en la abundancia de la justicia?

Y entonces tu Señor descenderá del cielo con voz de mando, y los muertos en Cristo resucitarán, y Él reinará con ellos en la tierra, Rey de reyes y Señor de señores. Entonces vendrán mil años de perfecta paz, y reposo, y gozo, y gloria; y tú estarás allí. ¡Entonces tú estarás nadando en un mar de justicia! Serás entonces semejante a Cristo en todas las cosas, y todos tus contornos serán acordes a tu condición. El cielo y la tierra se darán la mano en justicia. La eternidad seguirá con su bienaventuranza inquebrantable. No habrá impureza en el reino del Dios bendito. No habrá

demonio que tienta, ni carne que corrompa, ni necesidad de la que preocuparse, ni nada que turbe; estarás:

Lejos de un mundo de dolor y pecado,
Cercano a Dios eternamente.

¡Oh, esto será ser saciado con justicia!

Queridos lectores, ustedes no serán saciados nunca a menos que primero tengan hambre. Deben tener hambre y sed aquí para que puedan ser saciados en el más allá. Si tienen hambre y sed, ¿qué deben hacer? Miren a Jesús, pues únicamente Él puede satisfacerlos. Crean en nuestro Señor Jesucristo. Crean en Él ahora, pues Él nos es hecho por Dios justificación; y si necesitan justicia la encontrarán en el Señor Jesucristo, el Unigénito Hijo de Dios.

Estoy seguro que esos queridos amigos que gritaron tan fuertemente justo ahora, se unirán conmigo para clamar con todo su corazón: “¡amén, amén!” Que cada uno de ustedes comience a tener hambre de inmediato. Todos digamos: “Amén”.

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'C. H. Anderson', is centered at the bottom of the page.